

Dios que saliese el pueblo de Judea del imperio persiano; porque el otro santo ángel no quería esto por el bien que resultaba a muchos persas con la comunicación del pueblo fiel. Él quiso andar al lado del rey Ciro para no perder ocasión de inclinarle a misericordia y benevolencia con el pueblo de quien había de nacer María para que le diese libertad, como de hecho lo hizo. Abatirse a todas estas cosas sin tocarle de oficio, es mucho en un tan levantado espíritu. Finalmente, él anduvo más solícito del bien del pueblo de la Virgen que si le tuviera cargo; y la Sagrada Escritura nos lo propone como causa principal, no como quien sólo ayudaba al ángel custodio o protector del reino de Judea, sino como quien tomaba por suya toda la causa; y así se dice, no que San Gabriel ayudaba al ángel príncipe de Judea, sino que éste ayudaba a San Gabriel. Pues ¿qué diré de la devoción con que, hincado de rodillas, le dijo al Ave María y nos enseñó esta oración, que tanto nos ha importado? Él fue el primero que acertó a saludar a esta Señora, y nos mostró cómo habíamos de recabar de Ella aun imposibles, y ahora en el cielo se señala en esta devoción; y así, trae por insignia y blasón es-

crita el Ave María, como dice Santa Matilde. A este mismo espíritu están agradecidos los demás ángeles, por haber sido el embajador que declaró a la Virgen el deseo que tenían todas las jerarquías del cielo de verla allá, y negoció su partida, tan deseada de ellos.

De San Rafael han dificultado algunos cómo siendo uno de los siete ángeles que asisten delante de Dios y son de los mayores y como los grandes del cielo, y aun quieren algunos sean serafines, se abatió a servir a Tobías en el camino, y fue enviado a ministerio tan bajo. Yo pienso que, si miramos a que aquella embajada fue por favor de la castidad de aquella santa Sara, que era figura de María, que este altísimo ángel tendría por suma honra que hiciese Dios caso de él, aun para servir en una sombra a María, patrona de la castidad y maestra de la virginidad; porque ahora sea porque oyó de los profetas decir de una Virgen de quien había de hacer con la castidad y pureza a su Reina. Y ahora no hay duda sino que este grande ángel es muy servicial y familiar a su Reina; porque como sea el patrón de los enfermos conforme a su nombre, que es medicina de Dios, y la Virgen haga en este género cada día infi-

nitos milagros, es fuerza que este santo espíritu reciba infinitas órdenes de esta gran Señora, y por otra parte él acuda en todas las cosas a Ella; porque como todas las gracias (aunque sean beneficios temporales y del cuerpo) se han de hacer por esta Señora, no podrá él recabar de Dios nada que no sea por medio suyo; y así estará muchas veces hincado de rodillas delante de María, para haber de cumplir su oficio y presidencia.

Pues San Miguel, que es capitán general de la milicia de Dios y guarda de toda la Iglesia, ¿qué antigua devoción tuvo a la Reina del cielo, sujetándose a ella y a su Hijo cuando encendido de celo divino, echó del cielo a los espíritus rebeldes, que según San Bernardo y otros Doctores, fue por su soberbia, por no querer reconocer sobre sí a quien era de inferior naturaleza? Mas San Miguel bandeó los ángeles buenos para que se sujetasen a naturaleza extraña y menos noble que la suya, que fue una grande fineza y servicios que hizo a Jesús y a su Madre; y no dudó sino que después que vio ser tal María, no le pareció había hecho mucho, y que no era humildad sino mucha honra y gloria suya sujetarse a ella. Favoreció también mucho a la reedificación de la

patria de María, así siendo juez delegado de Dios en las causas de las almas, en el juicio que hizo del sacerdote Jesús de Josedec, a quien el demonio acusaba de bastantes pecados, porque tuvo bastantes descuidos de su oficio pontifical, no cuidando que el pueblo supiese la ley de Dios, ni apartándole de los matrimonios prohibidos que hacía con los paganos, permitiendo esto aun a sus hermanos e hijos: San Miguel le miró con buenos ojos, ahuyentando al demonio, alcanzándole de Dios perdón de sus pecados y tal mudanza de vida, que fuese santo, prometiéndole de parte de Dios, si perseveraba bien, de darle muchos ángeles de guarda que mirasen por él: todo esto porque había de ser parte aquel sacerdote para que se reedificase aquella ciudad en que había de nacer María.

Ahora es fuerza sea devotísimo San Miguel de esta Señora, y tenga con ella gran cabida, acudiendo y postrándose muchas veces a sus pies; porque como es guarda y patrón de toda la Iglesia militante que está a su cuidado, ha menester mucho a la Madre de Dios, para recabar de ella los favores que pretende se hagan a los fieles, porque si no es por María, no puede negociar nada.

Los ángeles del ínfimo coro tienen la misma razón para servir más a María, porque les importa para recabar para sus encomendados muchos favores de Dios por su mano; y así con gran afecto la procuran tener ganada; y, en viendo a uno nombrar su nombre, se le llena su espíritu de dulzura; y, como dice Santa Brígida, ofrecen a Dios con más cuidado las oraciones de aquella persona, y, lo que más es, por la devoción que tienen a su Señora. Dice Santa Gertrudis, que todos los espíritus y bienaventurados, en oyendo nombrar al glorioso patriarca San José, se inclinan y hacen reverencia por la dignidad tan grande que tuvo de ser esposo de la Madre de Dios.

De otras revelaciones consta con cuánta devoción saludan los cortesanos del cielo a su Reina, diciendo a coros el Ave María, dándonos ejemplo a nosotros de rezar devotamente el Rosario; y no solamente en el cielo, sino cuando estaba María en carne mortal en la tierra, bajaban ejércitos de ángeles a decir la salutación del Ave María, como los oyó Santiago. Huélganse también tanto que nosotros la honremos y tomemos por Madre y abogada, que quien a María pide algo, es pedirlo en particular a todos los ángeles del cie-

lo; porque (como dijo su devoto capellán y fortísimo mártir de Jesucristo el P. Edmundo Campiano), cuando uno pide a María alguna cosa, todos los bienaventurados la piden por ver honrada a su Reina. Y no se echó de ver poco el cordial amor que todas las jerarquías tienen a esta Señora, en el deseo que tuvieron de tenerla en el cielo, y acabar de verla coronada por Reina suya, como la misma Virgen dijo antes de su muerte, que fue ardentísimo, y tan de veras que merecieron ser cumplidos y llevársenos a María, acelerando su partida: porque así como los patriarcas antiguos desearon con ardientes ansias que acabase de bajar el Hijo de Dios a la tierra, y merecieron con sus deseos que se cumpliese la venida de Cristo más presto; así también los ángeles, pero con muchos más fervorosos deseos, desearon que subiese María de la tierra al cielo, y alcanzaron que se apresurase su jornada. Venían entre tanto y admirábanse de ella, no sufriendosele su amor estarse tanto sin verla. Cuando estaba en la cama de la enfermedad de que murió, oyeron los santos Apóstoles a los ángeles que estaban cantando himnos celestiales, y después, todo el tiempo que estuvo su santísimo

cuerpo en el sepulcro, no se apartaron de él, bendiciendo y alabando con divinos cantares aquel tabernáculo de Dios. El gozo que tuvieron con su llegada al cielo fue increíble; y verdaderamente es cosa para considerar que, cuando subió Cristo nuestro Redentor al cielo, sobraron ángeles que hablasen en la tierra a los Apóstoles y les advirtiesen cómo subía al cielo su Maestro Jesús y que este mismo Señor había de venir otra vez a juzgar el género humano; mas en la Asunción de María no se supo que faltase ángel a su fiesta; ni hubo quien desengañase a los Apóstoles y avisase de lo que pasaba. ¿Cómo estarían embebidos todos en la hermosura de su alma? ¿qué inmensas alabanzas darían a Dios por haberles dejado ver aquel día? ¿por cuán grande honra tendrían los serafines ser pisados de sus plantas?

Ni declara poco la devoción de todos los ángeles con María lo que dice San Bernardino, que, al tiempo de concebir al Hijo de Dios, toda la corte del cielo, que entonces sólo eran ángeles, con todos sus deseos y con todo tenían los ojos puestos en la Virgen para acudirle con su servicio; porque ya desde entonces la adoraron como a

su Reina, deseo que tuvieron desde hacía millones de años. Porque las ansias y deseos de los ángeles por tener a María, no fueron sólo desde que nació, sino desde que Dios les reveló al principio del mundo, que por una mujer habían de ser reparadas sus sillas.

CAPÍTULO VII

Cuán grande es el amor que tienen los ángeles a María, Madre de Dios.

Este amor y ley que tienen los ángeles a María, es intensísimo y firmísimo y fundado en muchas razones, que si bien la principal es ver que gusta Dios de ello, y ejemplo que les da Su Majestad Divina, hay otras muy fuertes, como son la grandeza, hermosura y gracia de la misma Virgen, ser su Señora y Reina legítima, porque en el cielo están subordinados y sujetos unos ángeles a otros y con tanto amor como si fueran hijos y pa-

dres: así al gobierno y superioridad de unos ángeles en otros llamó San Pablo paternidad, porque miran a los superiores como padres. Y ya que a María se les ha puesto por Superiora y Reina, equivaliendo ella sola a una cuarta y suprema jerarquía después de Dios, míranla como a Madre, con amor de hijos por su imperio tan suave y amoroso y benéfico. También le obliga mucho a tenerla cariño, ver que todos los favores que reciben ahora de Dios, dependen de María, y que ella es su maestra, su iluminadora superfiiciente; porque así como los ángeles de inferior jerarquía son iluminados de la superior, así los espíritus de la más alta jerarquía son iluminados y enseñados y perfeccionados de la Virgen, recibiendo muchas ilustraciones y revelaciones y mandatos de Dios por esta su Señora; que ella sola (pues con incomparables ventajas no tiene igual) está como una cuarta y suprema jerarquía criada; y así, según orden y disposición de la casa de Dios se han de sujetar todos los espíritus celestiales a María, de manera, que no sólo todo el bien de los hombres nos viene por esta Señora, sino el de los ángeles. Allégase a ésto, que por ella se reparó su república, destrozada con la caída de

los espíritus sus compañeros, y como ven que por María se reformó y restaura por sus devotos e hijos, tiénela por esto grandes obligaciones y le son agradecidos con grande amor y lealtad.

También están reconocidísima a esta Señora por la honra que les hizo de dilatar su república y vida angélica en la tierra, con la virginidad y castidad que introdujo en los hombres, pues fue ella la primera que hizo voto de esta virtud. Tiénelos también la Madre de Dios muy obligados por lo que les ayuda en sus oficios y ministerios. Lo uno, porque para ello han menester favor de María para recabar de Dios gracia para sus encomendados. Lo otro, porque la misma Virgen por sí les ayuda en ellos, y es más guarda de los hombres, ciudades y reinos, que los mismos ángeles de guarda, arcángeles y principados. Demás de esto, por la enseñanza que les da con su ejemplo, porque en todos sus ministerios tienen por dechado a María, que ella sola ejercita todos ellos, sin comparación mejor que todos lo ángeles juntos. Ella guarda a los hombres, y a cada uno en particular, que es oficio de los ángeles del primer coro; ella tiene cuenta con las repúblicas, que per-

tenece a los arcángeles; ella mira por los reinos, que toca a los principados; ella encarcela y reprime a los demonios, más que las potestades mismas: ella hace más poderosos milagros que las virtudes del cielo; ella intima las órdenes de Dios con más autoridad que las dominaciones; en ella descansa Dios con más gusto y majestad que en los tronos; ella alcanza y penetra la esencia divina para enseñar e ilustrar a los otros ángeles, más que los querubines; ella se abrasa más en amor de Dios que todos los serafines y les enciende con su ejemplo; y creo por cierto, que se podrá decir que al mismo Dios le enciende en amor y caridad: que si bien Dios es causa de todo el bien y grandeza y amor de María y que está en Su Majestad todo bien eminente e infinitamente y que el amor de Dios siempre es y fue infinito; pero cuando a sus efectos, por María han crecido las gracias que hace a los hombres y parece ha crecido su amor, y que, como dice Santiago, el Espíritu Santo, que es amor de Dios, codicia y ama por emulación, como por competencia de María. Sea lícito traer de la impía y ciega gentilidad una parábola que pueda dar a entender esta piedad de María, como provocó

y avivó la de Dios, en la forma que se ha dicho, para que creciese la misericordia divina, como dijo Ricardo de San Víctor. Decían que buscando la madre del dios Amor traza para que creciese su hijo, que se quedaba niño y pequeño, le dieron por consejo que buscase otro Amor y que en su competencia y emulación crecerían entrambos. Verdaderamente si se comparan los efectos del amor de Dios con los hombres y la misericordia divina antes que María naciese o después, que parecerá niño el amor de Dios antiguo, respecto de lo que ahora pasa; porque después de María y por María nos dio Dios a su Hijo, envió al Espíritu Santo, que es su mismo amor, a los hombres, y sus misericordias son sin comparación mucho mayores, y podemos decir que por el amor de María deseo ardentísimamente que viniese luego el Hijo de Dios al mundo para remedio suyo: no quiso Dios ser menos fervoroso ejecutar que María en desear, y cumpliólo luego. María con sus piadosas entrañas deseó mayores gracias en los hombres, y que Dios se comunicase más que antes: obró luego Su Majestad lo que esta Virgen deseó. Y por la misma razón no hay causa piadosa que desee María que no otorgue la infinita

bondad de Dios. Y porque no fuese menos liberal Dios en dar, que María en desear que diese, de una vez la cometi6 el Espiritu Santo la jurisdicci6n de sus gracias y dones; ¿pues qué mucho que enseñe María a los serafines a amar? y ¿qué mucho que así amen los serafines, a quien así ama a Dios y a los hombres?

¡Oh amorosísima Madre mía! ¡Oh idea de caridad! ¡Oh maestra del amor de Dios! Enseñad a este vuestro hijo necesitado y rudo lo que enseñásteis a las más levantadas e intelectuales naturaleza (porque de las madres es enseñar a los hijos) para que, amando a Dios, os ame a Vos por el mismo Dios, que quiere lo haga así. ¡Oh Señora amabilísima! Y ¡quién para amaros tuviera tantos corazones, como miembros tiene en su cuerpo. ¡Quién tuviera las voluntades abrasadas de los serafines en su pecho, para que, ardiendo con todo este incendio en amor de Dios, ardiera en amor vuestro! Que no os ama, Señora, como Vos queréis quien no ama a Dios.

Por todas las causas dichas aman los espíritus celestiales a su Reina ardentísimamente; y no sólo acuden ellos con su gran presteza a las cosas de su servicio, sino que,

cuando ven alguna honrar a su Señora, la asisten y acuden a ayudarlas. Como pasó con la devota María de Ogniens, la cual, cuando iba a visitar una imagen de la Virgen, se holgaban tanto los ángeles, que la acompañaban en el camino, y se lo enseñaban; y si llovía, la defendían de las aguas con un pabellón de estrellas. Las misma Virgen dijo a Santa Matilde que, cuando vinieron las jerarquías de los espíritus soberanos a asistirle en su tránsito, andaban muy solícitos los ángeles y arcángeles, más que los Apóstoles y todos los demás hombres que estaban delante de ella, aun cuando estuviesen con suma reverencia y devoción. Dijo también a Santa Gertrudis, que desde cuando estaba en el vientre de su madre Santa Ana, andaban los espíritus celestiales muy gozosos y solícitos en su servicio, y aun por los nueve meses que estuvo allí encerrada, el aire, y cualquier otra cosa con que se había de sustentar la Virgen, procuraban purificarlo y perfeccionarlo, honrándose mucho de beneficiar cualquier cosa que tocase a su cuerpo; y, para que participasen todos de esa honra y gozo suyo, se remudaban a veces los que hacían aquel oficio. De manera que, no sólo ellos aman y re-

verencian a María, sino queriendo hacerlo con infinito respeto, y no contentándose con lo que ellos hacen, procuran que los hombres la honren y todas las criaturas y elementos, y toda la naturaleza, aunque no tiene sentido, la obsequie con respeto y sirva con pureza.

CAPÍTULO VIII

Cómo fue deseada María Virgen, Madre de Dios, de los patriarcas y profetas.

Son tan inmensas la santidad y grandezas de María y tan útil esta admirable criatura al mundo, y de tanta honra a Dios, que, como un infinito bien, no pudo su infinita bondad tenerle callado a sus ángeles y patriarcas antiguos, para que se consolasen con sólo la esperanza de María, que ella sola les recreaba y alegraba el espíritu. El mismo Dios estuvo desde la eternidad contentísimo y deleitándose en tal criatura, y en gran manera se estaba deleitando con el Hijo que le había de nacer, teniendo en ella Dios consuelo de la pérdida

de las otras hechuras suyas, por la ruina de los ángeles, por la caída de Adán y por la asociación del mundo en tiempo de Noé. A Santa Matilde dijo la Santísima Virgen de sí misma: como el artífice que se ha determinado a hacer una obra muy maravillosa, la piensa con grande estudio, y con gusto de su corazón piensa en ella, de esta manera la Santísima Trinidad se deleitaba en mí y se gozaba; porque me quería a mí hacer tal, en quien campease todo el artificio de su potencia, sabiduría y bondad; y queriendo dar parte de su gozo a los ángeles fieles, les consoló y regocijó con que había de criar tal criatura, que ella sola bastase con muchas ventajas para recompensar la pérdida de sus compañeros, y, fuera de esto, que había de hacer que les viniesen nuevos compañeros a llenar las sillas vacías que fue un inevitable gozo que tuvieron los espíritus celestiales con esta revelación, quedando con grande amor y deseo de ver ya a María y adorarla por su Reina. Un ángel dijo a Santa Brígida, que admiradas todas las jerarquías de la silla que había preparado Dios para María sobre todas ellas y tan vecina a Dios, la cobraron tanto amor y respeto, que la amaban los serafines más que a sí mismos y con tan puro

amor, que se holgaban más de las mercedes que Dios había de hacer a María, que de su misma creación: y así Dios con los ángeles, y los ángeles con Dios, se estaban complaciendo y deleitando, que tal criatura había de ser.

También después que Adán se puso de lodo y cayó de aquel dichoso estado, Dios le declaró cómo por una doncella había de tener remedio muy aventajado su daño; que fue para él sumo contento y el único que tuvo en su vida, afligida con la grande penitencia que hizo; y amó y deseó con toda su alma a tal hija suya, que había de ser madre de su vida y de su bien. A otros amigos suyos reveló Dios también la dicha y honra que había de tener el mundo por María, porque como su Majestad Divina se complacía tanto en tal criatura, Él se holgaba de dar parte de este gozo a sus amigos. Abraham recibió el mismo consuelo, como dijo el ángel a Santa Brígida; y que amó más a María que a su hijo Isaac; y se gozó mucho más en ella, y la deseó; y que estimó más a ella sola que a todos los demás descendientes suyos, aunque habían de ser como las estrellas del cielo y arenas del suelo. Su hijo Isaac y su nieto Jacob se regocijaron también en el alma con la esperanza de

María, que por revelación entendieron. Pues David, que también vio en el espíritu a esta Señora, ¿qué amor y que estima tuvo de ella? Cantando con gran gozo su grandeza, dice: Asentóse la Reina a tu mano derecha, vestida de brocados de oro, rodeada de una hermosa variedad de galas; dando aquí el parabien a María de ser Reina de los ángeles, de la eminencia de su dignidad, y del precioso y fino oro de su inmensa caridad y la variedad hermosa de sus virtudes divinas. Salomón celebró a María en todo un libro, donde dice de ella mil grandezas, llamándola la toda Hermosa, la Inmaculada, la Esposa, la Amiga, la Paloma de Dios, el Pozo de agua viva, el Jardín cerrado. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros profetas se regocijaron con su esperanza y dieron a entender su grandeza, celebrándola con varios símbolos y figuras. Y en medio de los pecados de Israel y de Judá y de las calamidades de aquellos reinos y del mundo, se consolaban que por una Virgen se recompensarían. En el sermón angélico que fue revelado a Santa Brígida se dice así: Dolíanse los profetas, porque el templo en que se debían ofrecer a Dios oblacones estaba destruido; pero regocijábanse, previendo tan-

tos años antes que el templo de tu bendito cuerpo se había de formar, que había de recibir en sí con toda consolación al mismo Dios. Dolíanse también que derribados los muros y puertas de Jerusalén, habían entrado en ella los enemigos de Dios, ocupándola corporalmente y Satanás espiritualmente; pero regocijábanse contigo ¡oh María! puerta dignísima, conociendo que en ti el mismo Dios como gigante fortísimo había de tomar armas, con las cuales había de vencer a todos los enemigos; y así verdaderamente los profetas como también los patriarcas sumamente se consolaron de tu venida, ¡oh Madre! Aun a la gentilidad dio parte Dios de este bien que había de suceder al mundo, celebrando las Sibilas a María, y prometiendo al mundo el bien que por ella nos había de venir; con que imprimieron tanta estima de esta Señora, que muchos siglos antes que naciese la edificaron suntuosos templos los gentiles.

Pues los que conocieron a María, aún antes de haber parido al Hijo de Dios, la querían como a su vida. Los que la veían se admiraban de ella, llenándoseles el alma de una gran dulzura que les llevaba el corazón

tras aquella niña. Los sacerdotes del templo la tuvieron tanta afición y cobraron tanta estima de su virtud, que la dejaban entrar cada día a orar en el *Sancta Sanctorum*, donde sólo el Sumo Sacerdote una vez al año podía entrar. A las otras doncellas, compañeras suyas en el templo, las tenía robada la voluntad con su modestia, humildad y afabilidad. Pues si los extraños, y los que no sabían lo que era María, la tenían tanto amor, sus santísimos padres Joaquín y Ana ¿con qué ojos mirarían tal fruto de bendición? Pues San José, como la trató familiarmente y sabía qué cosa era espíritu y santidad, estaba asombrado de la suya y todo absorto en el castísimo amor de su esposa. Bien se echó de ver lo que la amaba en aquella ocasión que se le ofreció tan apretada, cuando, sin haber cómo, vio que estaba preñada y por amor y estima que de ella tenía no se podía persuadir que habría mal en su esposa; y, en caso que le hubiese, el amor que la tenía no le dejaba aún con suma justicia agraviarla; y así escogió aquel prudentísimo medio de dejarla. Pero luego que por revelación del cielo supo que había concebido del Espíritu Santo al Hijo de Dios, no se

extrañó mucho; porque conocía, que si de alguna mujer había de nacer Dios, de ninguna podía mejor que de su esposa castísima y virgen recogidísima. Finalmente, todos los que veían y trataban a María se la aficionaban, siendo a todos muy provechosa su modestia y compostura con que les ganaba; y a los pecadores mismos les componía de modo que el propósito de pecar se les disminuía.

San Juan Bautista sin ver a María, sólo con oírla, dio saltos de placer y gozo, quedando perfectamente devoto de esta su Madre espiritual, con cuya visita recibió la primera gracia. Fue el primero que imitó la virginidad de María, y el alférez de esta virtud, dando después la vida por la castidad; en que mostró lo que estimaba la pureza, que tanto resplandeció en su capitana María; de la cual fue siempre tan devoto que mereció cuando estaba preso, según está revelado al beato Amadeo, le visitase en la cárcel y le consolase y animase al martirio la Virgen, y Madre de su Redentor.

¡Oh deseo de los collados eternos! ¡oh deseo de los serafines y del mismo Dios! ¡oh consuelo de los patriarcas! ¡oh esperanza de los Profetas! ¡que es posible que yo posea lo

que tanto fue deseado de Dios, de los ángeles y de los hombres, y que no me mueva a amar más la experiencia de vuestra misericordia, que movió a los santos antiguos la esperanza de su remedio! Ameos yo, Señora, a quien desearon tanto los patriarcas por generaciones, los ángeles por siglos y Dios por eternidades.

CAPÍTULO IX

Del grande amor y reverencia que tuvieron los Apóstoles y discípulos de Cristo a María Madre de Dios.

Los Apóstoles y discípulos de Jesús, que conocieron de vista a María y la trataron, experimentado su dulzura, y recibieron sus prudentísimos y santísimos consejos y vieron sus heroicos ejemplos, ¿cómo podían dejar de amar a la Madre de su querido Maestro, y estársela mirando y remirando atónitos de su grandeza, divina modestia de su rostro y las

demás virtudes que en ella resplandecían y admiraban todos? Fue tan grande la devoción que la tuvieron y lo que dijeron de ella a las gentes que predicaban, comunicándoles su devoción, que se iban los fieles a verla, haciendo por esta causa peregrinaciones muy lejos, como consta de bastante testimonios y también revelaciones. Dice también, y lo confirma autoridad de grave y antiguo escritor, que desde España fueron algunos a Jerusalén a ver a este prodigio de santidad, aun antes que Santiago introdujese la devoción de esta Señora en estos reinos; porque con ocasión de la persecución que en Jerusalén, cuando fue apedreado San Esteban, se levantó contra los fieles y discípulos de Cristo, se esparcieron algunos a diversas provincias y algunos llegaron a España, donde dijeron tantas grandezas de una mujer virgen, que había sido Madre de Dios encarnado para redención del mundo, que muchos, dejando sus casas, se fueron a ver aquel milagro de gracia; y no hay duda sino que de otras provincias hicieron otros la misma peregrinación. Uno de estos fue San Dionisio Areopagita, que dejando su patria y casa, hizo un largo camino por sólo ver a la que tanto había oído

alabar a San Pablo; y luego que la vio quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado por Dios, si no le dijera la fe lo contrario, y no se lo hubiera enseñado su maestro Pablo. Y así en una carta que escribe el mismo Apóstol, agraciéndole que por su consejo y con el favor que le había dado para San Juan Evangelista había llegado a ver a María, dice esto “digo la verdad delante de Dios, que no creí que fuera de Dios se podía tener, ni entender por hombre alguno lo que yo vi, no solo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo; porque miré y remiré y con mis propios ojos, a la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la Madre de Cristo Jesús, Señor nuestro, a la cual la benignidad de Dios, y la autoridad de la cumbre apostólica, la clemencia inagotable de la misma Virgen Santa me permitió ver. Digo y confieso otra y más veces delante de la omnipotencia de Dios, y de la clemencia del Salvador, y de la gloria y de la majestad de la Virgen su Madre, que cuando San Juan (cumbre del evangelio y de los profetas, que aun habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo) me llevó a la deiforme presencia de la altísima Virgen, fue tanto lo que un res-

plandor divino e inmenso me hirió por de fuera, o interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los olores y aromas, que cubrió todo, que ni el cuerpo miserable ni el espíritu podían sufrir tantas muestras de la eterna felicidad. Desmayóseme el corazón; desmayóseme el espíritu oprimido con la gloria de tan grande majestad. Pongo por testigo a aquel Dios que estaba con la virgen, que creyera que era ella Dios verdadero, si no me hubiera enseñado otra cosa su divina doctrina, porque parecía que no puede ser mayor la gloria de los bienaventurados que yo desdichado ahora, pero entonces dichoso, gusté. Gracias hago a Dios omnipotente y bonísimo y la divina Virgen y al eminentísimo Apóstol Juan y a ti, cumbre y príncipe de la Iglesia, por quien alcancé tales cosas. Todo esto es de San Dionisio. San Pablo hizo otra peregrinación para ver y comunicar y ser enseñado de la Madre de Dios, como escribió Juan Menesio; y le sucedió semejante admiración que a San Dionisio, porque, pasmado de la sabiduría y aspecto sacrosanto de la Virgen, dijo: "hasta ahora, desde el día de mi conversión he creído que Cristo es Hijo de Dios y ahora he conocidó la di-

vinidad del Hijo, por la divina presencia de la Madre. También visitó a esta Señora San Ignacio, mártir, con cuya presencia cobró más afición a Jesús, de modo que no le faltaba de la memoria este pensamiento: Jesús Hijo de Dios y de María, Jesús Hijo de Dios y de María. Moviéndose a querer ver a la Virgen por las grandezas que de ella oía, que en parte significa en una carta que escribe a San Juan Evangelista, donde le dice: "Conforme con lo que nos ha contado personas dignas de toda fe, en María, Madre de Jesús, se ha juntado la naturaleza de una santidad angélica con la naturaleza humana; y tales cosas oímos, que nos estimulan el corazón y las entrañas y nos fuerzan a desear vehementemente ver este prodigio del cielo o sacratísimo espectáculo. Pues los Apóstoles que tuvieron más luz y conversaron con María siempre hasta que se repartieron por el mundo, ¿qué sentirían en su corazón? ¿Qué efectos, qué devoción le tendrían?

Y así por este grande y casi inmenso amor que vio Cristo tenían sus discípulos a María, se la dejó acá cuando subió al cielo, por no desconsolarles del todo, y para que con su presencia confirme en la fe a los re-

cién convertidos y con sus consejos y providencia mirase por su Iglesia e hiciese crecer aquella planta tierna: y así lo hizo, correspondiendo el amor y confianza que en ella tenían los Apóstoles. Ella los recogió en el Cenáculo, como dice Ecumenio, para que viniese a ellos el Espíritu Santo; ella, con su ejemplo, les ejercitaba en orar continuamente; ella les aconsejaba lo que convenía a la gloria de Dios. Y así en el primer Concilio que celebraron, no queriendo ella entrar en él por su humildad y observancia, para que no se traspasase ni dispensable en ella el orden de la jerarquía eclesiástica, enviaron primero a tomar en particular su parecer, el cual ella les dio; y como era el Espíritu Santo el que por ella hablaba, lo siguieron guiados por el mismo Espíritu. Y así algunos han querido que cuando los Apóstoles definieron, diciendo: Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, que por el Espíritu Santo entendieron a María, por tener sus palabras por inspiraciones del Espíritu Santo. Pero aunque esto es así, que tuvieron los Apóstoles tanta devoción y estima de María, no creo que ella, con su profundísima humildad permitiera, que en aquella definición fuese an-

tepuesta a nadie, y menos a los sacerdotes de su Hijo, ni que se dijese que ella definía; porque no definió, sino aconsejó, no queriéndose entrometer en el oficio de los Prelados de la Iglesia, si bien era ella la maestra de los maestros y la profetisa de los profetas. Antes fue tan grande la honra que hacía a los Apóstoles, y amor que les tenía, que dicen graves escritores pidió a San Lucas, el cual conocía ser especialísimo devoto suyo, que cuando contase los que estaban congregados aguardando la venida del Espíritu Santo, no la contase a ella en primer lugar, sino en el último, después de los sacerdotes; que cierto es un singular ejemplo de humildad y reverencia al oficio sacerdotal, para que vean los señores seglares cómo deben tratar y estimar este estado, que la Reina del Cielo estimó tanto, pues no quiso ser antepuesta a ningún sacerdote. Y San Lucas, con desear honrar a esta Señora todo lo que podía, fue tanto el respeto y amor que la tenía, que no se atrevió a dejar de hacer su gusto, y así la nombró en esta ocasión en el posterior lugar. Con tales ejemplos como éstos, ¿cómo no robaría María los corazones de los discípulos de su Hijo, espantados de

su estupenda santidad que en todas las cosas experimentamos?

No dudo que no hubiera poder en la tierra que les apartara de la presencia de María, si no fuera la fuerza de caridad y necesidad que tenía el mundo de su predicación, y que se partirían a cumplir su oficio, llevándola en el corazón, predicando en todas partes sus grandezas, como dice el sabio Idiota, y comunicando su devoción y ensalzando su purísima Concepción sin pecado original, acordándose muchas veces de la vida de San Juan, que le cupo vivir con ella y tenerla a su cargo como hijo a madre, conforme a lo que Cristo Jesús, al partir de esta vida, ordenó. Procuró este santo Apóstol, cuando le fue posible, lograr esta suerte que tuvo, no apartándose de este bien y de esta gloria del mundo que le quedó encomendada; no daba paso la Virgen que San Juan no la fuese acompañando y sirviendo, aunque salía poco de casa esta modestísima Señora. Los más pasos que anduvo fueron a adorar los lugares de la Pasión de su Hijo al Monte Calvario y al Santo Sepulcro; los cuales muchas veces la Virgen, acompañada de San Juan visitaba, y en ellos hacía oración y memoria de tan altos misterios.

Aun cuando esta Señora vino a España en hombros de los ángeles, como luego diremos, a visitar a otro Apóstol de su Hijo vino también con ella San Juan ¿Quién podrá decir la devoción de este Apóstol querido de Jesús para con María y cuándo aprovecharía con su ejemplo? ¿Qué fiel fue, no dejándola nunca, sirviéndola en todas las cosas, y principalmente en el oficio que ella más gustaba, de capellán suyo, diciendo la Misa y comulgándola todos los días! ¿Con qué reverencia estaba en su presencia, estremeciéndose de tanta santidad y tanto Dios como en María rebosaba, no atreviéndose a mirarla! Por lo cual tiene ahora en el cielo particular don y gloria en los ojos, como le vio Santa Matilde, por el sumo respeto y modestia con que estaba delante de la Virgen, no atreviéndose a levantar los ojos delante de ella, ni mirarla a la cara.

Mas aunque los demás Apóstoles se partieron al cabo del mundo, no dejó de asistirles esta Señora con su cuidado y oraciones, y aun también con su presencia, llevándola los ángeles a visitarlos y consolarlos. En España recibimos este particular favor que viniese en persona a estos reinos la Madre de Dios, traída de los ángeles a visitar a Santiago, que es-

taba en Zaragoza; el cual fue singularísimo devoto de la Virgen, acordándose muchas veces de ella cuando estaba ausente y deseando verla, pidiéndola su ayuda en el oficio de su predicación: por lo cual la misma Señora le amaba mucho, y porque fue virgen toda su vida: y así vino María a cumplir su deseo para que la viese y tomar ella aquella provincia por muy suya, mandando que la edificase iglesia allí donde se le apareció sobre una columna, que es el primer templo que los fieles edificaron a María, y fue estando ella en la tierra.

De los otros discípulos de Cristo también se acordaba María, rogando perpetuamente a su Hijo por ellos, quienes en sus trabajos se acordaban de pedir su favor; y por revelación del Cielo ella conocía y entendía sus necesidades, y luego oraba por ellos.

De San Esteban sabemos, que tuvo revelación la Virgen cuando le apedreaban; quien también por ser virgen fue muy querido de María y diácono de su querido Apóstol Santiago; y luego ella hincada de rodillas rogó por él: por lo cual tuvo aquella constancia admirable y ardiente caridad con que pidió perdón para sus homicidas; con la cual oración, y

mucho más con la Virgen, ganamos a San Pablo, que lo encomendó a Dios esta Señora, viéndole tan extraviado, para que se trocase para bien de la Iglesia; y así salió este gran Apóstol tal y tan devoto de la Virgen, que imprimió su particular devoción a sus discípulos, como a San Hieroteo, San Timoteo y San Dionisio; y envió a este último a verla, encomendándole a San Juan, para que le dejase ver a la Virgen, lo cual San Dionisio no acaba de agradecer; y todos estos tres, y otros discípulos suyos, por la devoción que tuvieron a la Reina del Cielo, concurrieron a su tránsito, aventajándose San Hieroteo entre todos (fuera de los Apóstoles), en hacerse lenguas alabando a María, engrandeciéndola y celebrándola con devotos himnos, San Lucas, que comunicó tanto con San Pablo, que llama el Apóstol su Evangelio el de San Lucas, salió afectuosísimo siervo de esta Señora; y por la grande devoción que la tuvo, hizo muchos retratos suyos y estatuas; y en su Evangelio habla de ella más que ningún otro Evangelista, así por lo que oyó de la boca de la misma Virgen, como porque también le diría San Pablo algunos misterios que la tocaban. A otros escribía María y les consolaba y animaba, y con-

firmaba en la fe, como hizo con San Ignacio, al cual llamaron Deífero, que sin duda tanto fervor y caridad como tuvo, fue porque se lo alcanzó la Virgen.

También declara mucho la devoción y amor de los Apóstoles a María que, antes de acabar de repartirse por el mundo, consagraron por iglesia la casita de la misma Virgen de Nazaret, y la dedicaron a su nombre y honra: y no dudo que por las provincias adonde llegaban iban consagrando templos, levantado aras, colocando imágenes, y de todas las maneras introduciendo la devoción de la Madre de Dios. De San Pedro escriben algunos autores que cuando vino a España, trajo consigo desde Antioquía algunas imágenes de la Virgen par aumentar la devoción que en estos reinos había introducido Santiago, el cual, no sólo edificó la casa del Pilar de Zaragoza, sino que inspiró tal devoción a sus discípulos para con esta Señora, que dentro de un año la edificaron en España muchos templos, aun antes que los Apóstoles le dedicasen por templo suyo la casa de Nazaret; porque San Elpido en Toledo, San Pío en Sevilla, San Agatodoro en Zaragoza y otros discípulos de Santiago en otras ciudades de España, consagraron igle-

sias a la Madre de Dios al año siguiente de habérsela dedicado Santiago en Zaragoza.

Mas a partir de esta vida la Virgen, ¡cómo se descubrió el amor y afecto que los Apóstoles y todos los fieles la tenían!, porque luego que publicó San Juan que se acercaba su partida, corrió la voz por toda la Iglesia; y concurrieron a Jerusalén con grande afecto y ansias (innumerables personas); y a los Apóstoles que estaban más ausentes fue revelada su partida; con lo cual al punto corrieron a aquella ciudad santa, para hallarse en su tránsito; y los que no podían llegar a tiempo merecieron por su grande devoción y ansioso deseo que los ángeles los trajeran a Jerusalén, en donde con lágrimas de amor y devoción asistieron alrededor del humilde lecho de María, teniendo cada uno en la mano una vela encendida, y, pasmándose de aquel prodigio de santidad, recibieron su bendición, quedando bañados en dulzura. Santiago, aunque ya difunto, no faltó tampoco allí por la grande devoción que tuvo a la Madre de su Maestro; y así vino su alma a asistir a aquel espectáculo; y no hay duda de que concurrieron más gozosos los ciudadanos del Cielo a recibir a su Reina, que los discípulos de Cristo y los fieles a

despedirse de ella. Aumentóse la devoción y afecto de los Apóstoles cuando entendieron ser llevada en cuerpo y alma al cielo, cantando todos a porfía, y, como fuera de sí, por su gran devoción, entonando muchas alabanzas a esta Señora, no de otra manera que cuando vino el Espíritu Santo a ellos, publicaban con gran fervor, como ebrios, en varias lenguas las grandezas de Dios. El no haber alabado más los Apóstoles a María mientras vivía, dicen que fue porque quisieron condescender con su humildad, y no darla ocasión de sentimiento por verse alabada; pero, después de muerta, bien se desquitaron deshaciéndose en alabanzas suyas.

CAPÍTULO X

Del amor y ternura que otros santos varones han tenido para con la Virgen María.

Fuera interminable contar el afecto y amor con que otros santos sucesores de los

discípulos de Cristo han reverenciado y servido a su Madre María; porque como los Apóstoles, por haberse aventajado en santidad a los demás santos, también se aventajaron en el amor y devoción a esta Señora, de la misma manera los mayores santos, que después han florecido en la Iglesia, se han señalado en su devoción. Por la misma causa los patriarcas de las religiones, en las cuales estuvo como en una arca de agua recogida la grande santidad y espíritu que de ellos se había de comunicar a sus hijos, se esmeraron en esta devoción. ¿Qué ternura no tuvo San Bernardo con María, como con su querida Madre? ¿Qué trabajos perdonó Santo Domingo por publicar su devoción? ¿Qué otra abogada para sí y para los suyos escogió San Francisco? ¿Qué obra emprendió San Ignacio nuestro Padre, que no fuese con las alas que le daba esta Señora, por la grande confianza y devoción que la tenía, experimentando siempre su amparo, visitándole ella mucha veces, trayéndole del cielo el don de castidad, enseñándole las reglas de aquellos divinos ejercicios espirituales que escribió, dirigiéndole en las constituciones que ordenó para su religión y confirmándolas? Ella

también le puso junto a su Hijo y al Padre Eterno; y la vio el Santo muchas veces, que estaba rogando por él. Finalmente, tuvo tanto amor a éste su siervo, que se apareció a muchos estando el vivo y les dijo que se hicieran sus hijos, y entrasen en su religión. Pero porque la devoción de estos y otros santos Padres antiguos de la Iglesia para con la Virgen es mas sabida, no me quiero detener en contar sus ternura y finezas con esta Señora; sólo me contentaré con traer algunos extremos que hicieron otros santos varones para servir a María, a fin de animarnos nosotros a lo mismo, y para que entendamos con qué extremo (si extremo puede haber) hemos de amarla y servirla.

San Pedro Damiano escribe de su hermano Mariano, que se encendió tanto en amor de María, que, deseoso de agradarla y servida y de ser su perpetuo esclavo, se ofreció delante de un altar de esta Señora por su humilde siervo; y para mostrar lo que se honraba con ser su esclavo, se puso al cuello una especie de argolla; y queriendo ser tratado como tal, se hizo azotar en el mismo lugar, y luego pagó una suma de dinero por tributo y en reconocimiento de su servidumbre, prometiendo con-

tinuar cada año este tributo. Y la Virgen Santísima, que es agradecimiento, no sólo a obras, sino a dos palabras con que la saludamos ¿cómo podría dejar de agradecer esta fineza? Tuvo siempre por hijo a quien se hallaba indigno de ser su esclavo; y en la hora de la muerte le fue a consolar y asegurar de su salvación; porque sus cadenas, como dijo el Eclesiástico, son ataduras de nuestra salvación. Cesáreo escribe otro tanto del devoto siervo de María Walterio de Birbech, el cual, encendido del amor que tenía a esta gran Señora, puesta una soga al cuello, se dedicó delante de un altar suyo por su esclavo pagándola un tributo, y reconociéndola cada año con semejante pensión por su única Señora, recibiendo en pago extraordinarios favores de su agradecida mano, en vida y muerte. ¡Oh Reina del Cielo! ¡oh Madre mía! ¿qué tibieza es la que en mí veo, que, aunque en el corazón y deseo me ofrezco por vuestro esclavo, en la ejecución y en la obra no parece que me precie aún de ser vuestro hijo, pues no hago obras de tal, ni os sirvo como esclavo, ni os reverencio como hijo? Por cierto que es grande nuestra vileza que, viendo tantos santos que tuvieron por la mayor honra del mundo ser esclavos de Ma-

ría, no queramos nosotros siquiera ser verdaderos y fieles hijos suyos, y servirla y amarla como merece el amor que más que de madre nos tiene.

El fervoroso P. Juan de Trejo, de nuestra Compañía, fue uno de los que más se preciaban de esclavos de María, en cuyo reconocimiento iba a pie a una lejana ermita de esta Señora, y la regaba y barría, no así como quiera, sino con una admirable y nunca oída invención en que mostraba el ardiente amor y profunda reverencia que tenía a la Madre de Dios; porque no regaba el suelo con otra agua que de sus ojos, vertiendo de ellos copiosas lágrimas de devoción y ternura que bastasen a regarla. Después el mismo, teniendo por mucha honra ser el más vil instrumento del mundo, con tal que se ocupase en servicio de esta gran Señora, no con otra escoba barría aquella iglesia que con su misma boca y rostro, dando de camino mil besos muy a menudo a aquel suelo santo, por ver que era casa de su Señora y Madre tan amada. En las demás cosas iba semejantemente cuidando del servicio de su Señora con increíble celo y vigilancia; de suerte que, habiéndole encomendado los superiores un seminario de estudian-

tes que está a cargo de la Compañía, él tenía tanto celo de ellos, por ser congregantes de la Virgen y dedicados a su nombre, que para que no disgustasen ningún día a su Señora, ni faltasen en nada a la pureza, de que sabía gustaba ella tanto, casi no dormía de noche, sino se iba adonde estaban todos durmiendo, y al pie de la cama de cada uno, hincado de rodillas, hacia devota oración por cada cual en particular, con ser muchos, para que al día siguiente no ofendiesen a Dios, ni disgustasen a su bendita Madre; la cual le correspondió con grandes mercedes y favores que le hizo. El santo Rey de Hungría Esteban, tuvo por título más glorioso que el de Rey ser esclavo de María; y así quiso que su casa real de allí en adelante se llamase la familia de la Virgen. Comunicó esta reverencia a sus vasallos, que por el ejemplo de su rey no se atrevían a tomar el nombre de María en la boca, sino sólo nombrarla nuestra Ama, o la Señora absolutamente.

Al santo P. Martín Gutiérrez, humilde y fiel esclavo de María, ¿qué visitas y favores no le hizo esta Señora? ¿qué mercedes no le concedió? Pero no me puedo detener, que no quiero escribir su vida; sólo diré algo de la